

TRADUCCIÓN

FRANÇOIS EWALD

# **EL SURREALISMO: UNA ETICA DEL AZAR\***

---

\* Tomado de *Magazine Littéraire*, núm. 312, 1993. Traducción de Víctor Florián B., Universidad Nacional de Colombia.

Para los surrealistas, la verdad sobre sí mismo y sobre el mundo se encuentra en la producción misma de lo incierto. De ahí que recurran sistemáticamente a las técnicas que favorecen el azar.

Siempre ha resultado difícil trazar el puente entre el surrealismo como práctica literaria — muy a pesar de André Breton el surrealismo no existe para nosotros prácticamente sino como movimiento artístico, a través de obras literarias, cinematográficas y pictóricas — y los compromisos surrealistas, políticos u otros. Se ha hecho del surrealismo, de manera bastante reduccionista, un ancestro de Mayo del 68, un movimiento contestatario y anticonformista, esencialmente dirigido contra el orden burgués, en detrimento de su dimensión esencialmente espiritual. Se puede, sin duda, tener una buena comprensión del surrealismo, de la actividad múltiple y abundante de André Breton y del

grupo surrealista, desde que se utilice una categoría elaborada por el FOUCAULT del *Uso de los placeres*: la de estética de la existencia. En el sentido de este autor, si el surrealismo no es moral — con todo los surrealistas fueron individuos profundamente morales —, es porque el surrealismo es una ética: mejor aún, el surrealismo diseñó el gran programa ético del siglo xx.

Una estética de la existencia, una ética de sí mismo, pueden definirse por las relaciones que ellas mantienen con un código moral determinado por la construcción o producción de un cierto tipo de subjetividad, a través y en función de técnicas específicas (técnicas de uno mismo), y en una cierta perspectiva de decir la verdad sobre sí mismo y sobre el mundo. Se puede decir que la estética del surrealismo, como estética de la existencia y manera de construirse uno mismo, es una estética enteramente volcada hacia el azar, el hallazgo, la disposición. “¿Puede usted decir cuál fue el hallazgo capital de su vida? ¿Hasta qué punto este hallazgo le ha dejado la impresión de lo fortuito, de lo necesario?...”. Tales eran las dos primeras preguntas de una de las encuestas surrealistas sobre las cuales André Breton recordará desde lejos en sus conversaciones radiofónicas como “la encuesta que le ha llegado más al corazón”. ¿Por qué? “Por el hecho de que, filosóficamente, el azar adjetivo me parecía constituir el nudo de lo que para mí era el problema de los problemas”.

Las relaciones del surrealismo con el orden establecido, literario, moral o político, el que el mundo había heredado de la Primera Guerra Mundial, son demasiado conocidas como para que valga la pena insistir en ello: son del orden de la provocación, el escándalo, la subversión. la transgresión, en una palabra, bien equívoca, del orden de la revolución. Recordamos que uno de los órganos del movimiento se llamó *La Revolución Surrealista*. El término, tomado de la tradición marxista debía además prestarse a confusión (y exclusión), en la medida en que para unos significaba que la revolución tomaba sentido como acto surrealista, mientras que para otros trataba de hacer del surrealismo un órgano del partido comunista. Un apartado importante del *Segundo Manifiesto del Surrealismo* está consagrado a la discusión entre las dos revoluciones. Pero no es del todo seguro que haya que insistir demasiado sobre este aspecto provocador y revolucionario del surrealismo. André Breton no cesará de repetir que el compromiso surrealista — no hay surrealismo sin una cierta forma de compromiso —

es más espiritual que material. El surrealismo no mantiene una relación dual, como espejo, frente a aquello que combate. La crítica surrealista no es del tipo de la denuncia sino de la manifestación, pues es por medio de actos literarios y artísticos — el surrealismo sólo reconoce la literatura como acto e, inversamente, exige que todo acto de la vida tenga una dimensión artística — que hay el *en otra parte*, otra vida, la “verdadera vida”, dirá André Breton en el *Manifiesto* de 1924. “La existencia está en otra parte”, dice nuevamente André Breton después de haber definido la relación del surrealismo con el orden existente como ‘distracción’.

Porque de hecho el surrealismo es una empresa ontológica. Apunta a producir la verdad del ser, una nueva dimensión de la humanidad del hombre. “Hay que concluir en una nueva declaración de los derechos del hombre”, será una de las consignas surrealistas. El *él* apunta a que se construya una subjetividad particular, un yo o más bien un “uno mismo” particular, punto en el que se reagruparían y coincidirían lo subjetivo y lo objetivo, el hombre y el mundo, el sujeto y el objeto. “He hablado, dice André Breton, de un cierto punto sublime en la montaña. Nunca fue cuestión de establecerme definitivamente en ese punto. Además, a partir de ese momento, hubiera dejado de ser sublime y yo de ser hombre”.

Este uno mismo, o ésta subjetividad surrealista que se trata de dar, de conquistar, es el estar dispuesto, el encuentro fortuito, el azar. Se trata de volver el mundo azaroso porque el mundo libera su verdad en lo insólito, el hallazgo, lo imprevisto, lo inaudito, lo inédito, el descubrimiento, el encuentro, el milagro, lo “mágico-circunstancial”. *Nadja*, y todavía más, si es posible, *El amor loco* están eternamente contruidos sobre este tema del encuentro fortuito y la disponibilidad. André Breton: “Hoy todavía sólo espero algo de mi disponibilidad, de esta sed de vagar al encuentro de todo, con la cual aseguro que me mantenga en misteriosa comunicación con los otros seres en disponibilidad, como si fuéramos llamados a reunirnos de repente. Yo desearía que mi vida no dejara detrás de ella otro murmullo que el de una canción de centinelas, una canción para burlar la espera. Independientemente de lo que suceda, es la espera la que es magnífica”.

Sabemos que Freud explicaba que los hombres estaban prestos a construir no importa qué explicación sobre las cosas y el mundo con tal de silenciar la angustia de lo explicado y lo incierto. El orden, la

gramática, la lógica están ahí antes que nada para suturar la angustia de un mundo azaroso. Precisamente el surrealismo adopta una actitud resueltamente inversa: se trata de una ética activa de la incertidumbre, una ética que sabe que la verdad de uno mismo y del mundo se encuentran en la producción misma de lo incierto. Mientras que tradicionalmente la ciencia no hace otra cosa con el azar que excluirlo como un no-ser en beneficio de leyes que estarían en la naturaleza, el surrealismo en una actividad que al contrario busca devolverle al azar su dimensión fundamental, ontológica. Se trata de volver el mundo azaroso y de volverse a sí mismo azaroso, azaroso para sí mismo. “Es sólo al poner en evidencia la estrecha relación que une los dos términos, lo real y lo imaginario, que espero dar un nuevo golpe a la distinción que cada vez más me parece mal fundada entre lo subjetivo y lo objetivo. Es sólo por la meditación que se puede hacer sobre esta relación que pregunto si la idea de causalidad no resulta completamente pavorosa. En fin, es solamente por el énfasis en la coincidencia continua, perfecta, de dos series de hechos consideradas hasta nueva orden como rigurosamente independientes que consiento en justificar y pregonar — cada vez más electivamente — el comportamiento lírico tal como se impone a todo ser — aunque sólo sea durante una hora en el amor—, y tal como el surrealismo ha intentado sistematizar tal coincidencia con toda clase de fines adivinatorios posibles”.

Precisamente las técnicas surrealistas, literarias o no, apuntan todas a producir el azar. Son dispositivos para producir el encuentro fortuito, para lograr disposición hacia lo “maravilloso”. Esto es evidentemente cierto de la primera de tales técnicas, la escritura automática, técnica lingüística de liberación del orden sintáctico y lógico del pensamiento. La escritura automática permite superar el lenguaje del pensamiento e incluso permite liberar la palabra del sujeto que habitualmente la mantiene dentro de la sintaxis. Alcanzar la ley del automatismo se revierte en la construcción de un sí mismo sin sujeto. Producir el azar es todavía lo que domina la técnica de los sueños hipnóticos, de los juegos, pero también de toda una serie de técnicas cotidianas construidas sobre el tema de la errancia, la aventura, la deambulación. La aventura surrealista, tan ligada a París, comienza con un andar liberado de cualquier finalidad. Es así como André Breton relata una experiencia que tuvo Aragon, la cual terminó más o menos bien, en la que parados en una remota estación campestre decidieron caminar indefinidamente

y sin propósito. Esta experiencia, tan valiosa, es una matriz surrealista que se encuentra tanto en la obra *Nadja* como en *El amor loco* o *El campesino de París* de Aragon. Se trata, en tanto sea posible, de vivir sin poner fines, haciendo abstracción de toda finalidad hasta suspender incluso esta noción. Hay desde este punto de vista toda una física del surrealismo que pasa por el andar, la calle, la ciudad. *Los pasos perdidos* es el título de la recopilación de 1924 donde Breton a la vez describe "El espíritu nuevo" del encuentro fortuito y formula la consigna: "Dejad todo... Partid por los caminos". Precisamente la poesía en el surrealismo no es un fin en sí mismo; lo que las técnicas surrealistas permitirían producir es el nombre que reúne o que califica el conjunto de estas técnicas que los surrealistas están condenados a inventar o reinventar cotidianamente para no caer en la rutina, el hábito, la repetición. La poesía en el surrealismo no apunta a producir poemas; ella designa la forma general de una relación consigo mismo. El surrealismo recuperó la poesía de la literatura con el fin de hacer de ella el principio de una ética de sí mismo. Se sabe que André Breton transigirá poco en este punto.

*Nadja* enloquece. El surrealismo encuentra en la locura su propio límite, su mayor riesgo. La locura es el riesgo del azar puro, absoluto, incluso abolido. Pero la verdad surrealista, aquélla que permite acceder al sí mismo surrealista, a los misterios de las coincidencias y concordanancias imprevistas, pasa por asumir el riesgo del azar. Es este riesgo el que se trata de asumir tanto en el compromiso literario como en el de una vida aventurera.

Verdadero precio de este riesgo: el amor, en tanto que, según André Breton, la disposición hacia sí mismo y los otros que el gesto surrealista permite es lo que se llama amor, *El loco amor*.